

ridad fije sus ojos en este lúgubre período de bochornoso cesarismo.

Nada en ese procedimiento puede justificarse: ni la causa de él, fútil é insuficiente en grado supremo; ni los pormenores de la ejecución, que rebozan torpeza y cinismo, insolente capricho y absoluto é irritante desdén por el derecho.

O si no, que nos diga el Poder, ó en su lugar la prensa que lo adula y lo agasaja, ¿prender un cohete á media noche es un delito? y aunque lo fuese, ¿á las autoridades militares correspondería su reprobación? ¿Será tan grave ese delito que amerite la intervención de las fuerzas federales, la llegada de refuerzos á una guarnición que con aquel se siente amenazada, y el transporte de los delincuentes á la Capital de un Estado para confinarlos en pavoroso cuartel?

Que también se nos diga si es verosímil que hallándose la ciudad de Lampazos, rebozante de tropas, recién venidas de Monterrey, es verosímil que un pequeño grupo de vecinos se haya arrojado con temeridad de idiotas sobre la escolta que custodiaba á los presos, y si nada significa en el presente caso el dicho de un alcalde, de un banquero y de muchos, muchísimos distinguidos ciudadanos, dignos de toda fé, que aseguran precisamente lo contrario que á voz en cuello declaran por todos los ámbitos de Nuevo León, que quien provocó el desorden y agrió los ánimos é hizo cundir la alarma, fué el Cabo de rurales con su peregrina ocurrencia de disparar al aire la pistola.

Mientras no se nos aclare tanto misterio y tanto enigma estamos en nuestro derecho para afirmar lo que hemos dicho, y con nosotros toda la prensa honrada; que el Poder ha necesitado saciarse, y se ha saciado, ha pretendido detener en su curso un movimiento que le espanta, y ha hecho cuanto en su mano estaba; ha querido intimidar y no ha intimidado á nadie.

Porque los liberales lo sabemos, y los Clubs lo predicán; es impotente el despotismo para sofocar el hábito de las libertades que en los pechos mexicanos palpitan, y es necio el militarismo si se cree capaz

de destruir lo que han creado generaciones de valientes y sostienen ahora los patriotas: el espíritu público que salvó á México en la desgracia y lo ha de salvar también en nuestra época de mentido progreso.

Protestamos con toda nuestra fuerza y con toda la indignación que en nuestras almas cabe, contra esa indigna farsa con que se ha pretendido arrojar lodo sobre un grupo de ciudadanos honrados, sin imaginarse que la mancha y el ridículo habían de caer sobre la reputación equívoca de nuestros hombres públicos y sobre su conducta turbia y escandalosa.

Y como nosotros venimos á luchar honradamente y con la ley en la mano por el pueblo y para el pueblo, y no por el triunfo de tal ó cual candidato, lo que procuramos es, dentro del orden, la vigencia de las leyes. No somos opositores sistemáticos como lo dicen esos periodistas sin pudor, que renuncian á tener criterio con tal de conseguir una partida en el presupuesto, y que están acostumbrados á servir á todos los gobiernos, como una prostituta se acomoda al mejor postor. Pero si queremos que se vuelvan al pueblo sus derechos arrebatados y que el Gobierno adopte una situación franca. Que si es, como lo es, Dictadura, y de las peores, borre del catálogo de las libertades públicas todas aquellas que perjudican al Hombre Necesario, pero no que, siguiendo las máximas tenebrosas del jesuitismo y los consejos hipócritas de Maquiavelo, aparezca ante las naciones cultas como una democracia perfecta. Descarándose el actual Gobierno, quitándose del rostro esa careta que no indica sino pavor é hipocresía, sabremos á qué atenernos, y el pueblo mexicano ó ejercita sus derechos electorales y se muestra digno de su historia, ó aparece como una nación degenerada y femenil, presa fatal de una tiranía que sabe aliarse con el Clero para afianzar su oprobiosa dominación sobre trece millones de hombres.

Pero á despecho de todo y á pesar de todo, hemos de seguir luchando por el triunfo de la ley sobre el capricho de unos pocos, y por el reinado del orden constitucional, que ventajosamente reemplace la